

Valencia: Pre-Textos, 1997

In Memoriam

PERROS AHORCADOS, diario íntimo e intimista del poeta César Simón (Valencia, 1932-1998), expresa el terror a una muerte que el escritor presente y que describe olvidando su condición de versificador, a la que renuncia en este acto de sinceridad final. A partir de esta idea central del temor a la muerte, escalofriante por lo que tiene de premonitoria, se desarrolla el texto en un tono pesimista y siempre recordatorio de un nihilismo que le hace reiterar motivos obsesivos. Quizá lo más destacado del libro sea el prurito de franqueza para consigo mismo y, sobre todo, la funcionalidad de un texto algo descuidado formalmente que le serviría como terapia.

Perros ahorcados abarca temporalmente unos seis meses –cuarenta y cuatro días de escritura, desde el jueves 17 de marzo a las 20:00 horas, hasta el domingo 11 de septiembre de 1994 a las 11:11. Destacamos la precisión horaria porque se convierte en una constante –algunos días escribe varias veces, indicando siempre la hora, como es el sábado 19 de marzo que acude al diario en siete ocasiones– en una señal del vivir descontando las horas que le quedan. En un diario la marca temporal es fundamental, puesto que en el diario se trata precisamente de rescatar del olvido los hechos cotidianos, transcurridos durante el mismo día en que se relata o, a lo sumo, pocos días antes. Este uso queda claro en *Perros ahorcados*. Podemos trazar una línea de evolución del estado de ánimo del escritor, por otra parte siempre abatido, que nos permite observar el proceso de decadencia que vivió. Y junto a la precisión temporal, la espacial. En todo momento sabemos el lugar desde dónde escribe: el campo valenciano, la ciudad, una habitación, la cama o la ventana. Conocemos también los sonidos y los olores que lo rodean. César Simón nos obliga a presenciar su existencia a través de la concreción absoluta de tiempo, lugar, luz, sonido y olores que se unen para ofrecer la estampa del escritor perviviéndose en la escritura de su diario íntimo pensado –paradójicamente– para ser leído, en busca de una comunicación que lo haga inmortal.

Es inevitable comparar los dos textos diarísticos que escribió Simón. *Siciliana*, aparecido en 1989 (Valencia, Consorci d'Editors Valencians), es

mucho más vital y social. El primero presenta un texto cerrado, completo en sus márgenes porque, en última instancia, lo piensa como una obra literaria, mientras que *Perros...* pierde sus perfiles. Hallamos alguna ausencia en *Perros...* respecto a *Siciliana*: el sexo, un sexo que se desbordaba en *Siciliana* —“Sin embargo, he sentido con frecuencia el deseo de peñar al ángel”—, y que está ausente en el segundo diario en el que sólo aparece, relacionada con el recuerdo del deseo, la contemplación de una fotografía de mujer. Se sustituye el deseo sexual, por una contemplación trascendente que le lleva a la meditación, nunca al deseo de acción. En el segundo diario tampoco existe reflejo alguno de su vida en la sociedad. Leemos: “No querer reflejar en un diario actividades, conocimientos, ocupaciones, lecturas, tertulias, visitas, manifestaciones, etcétera”, sino que su objetivo es dedicarse al relato de sensaciones y breves imágenes, lejanas de la teorización o el pensamiento. Procura encerrarse en sí mismo para limitarse a la descripción de sensaciones y evita la distracción del mundo social.

Encontramos, sin embargo, en *Perros...* dos novedades: el dolor —“Una de las razones de por qué me enfrasco en Dostoyevski es porque alguno de los personajes de sus novelas me acompaña siempre. Alguno de ellos sufre mucho más que yo.”— y la muerte. Los motivos constantes de animales mutilados, moribundos o muertos —léase ahorcados— se traducen desde la imagen literaria según la que los indefensos representan el dolor de lo vivo: “Sé que el animal es el exponente del dolor, de la esencia dolorosa y terrible de la vida”. Simón se cuestiona constantemente el sentido de su existencia, el porqué de su nacimiento, el motivo del regalo de una vida que le es arrebatada. Sabe que agoniza y lo describe, aunque a él aún le queda la palabra de la que están vedada tantos animales, como el perro que “se encontraba herido de muerte y las piedras se las habían arrojado para matarlo. El animal, que no podía levantarse ni andar, me contemplaba con una mirada lejana, sorda, mansa, desnuda, sin recursos”. César Simón utiliza el recurso de la escritura para comunicarse con alguien, con los lectores y, sin embargo, al final asume que incluso sus amigos desconocen su obra en un terrible nihilismo, por lo que en un grito de desesperación se dirige al lector desconocido que algún día tendrá su obra en las manos. El grito de auxilio es escalofriante.

El talante contemplativo que caracteriza el libro, la tendencia a dibujarse escribiendo, a solas y a oscuras, podíamos encontrarlos ya en alguno de sus poemas anteriores. Valga como síntesis de todos los motivos que plagan este segundo diario el poema titulado *El cáncer*, del libro *Erosión* (1971): “A veces... Es de noche. Está uno quieto/ En un sillón. Se para el tiempo./ Se sumerge uno más y más. Se calla./ Un tic-tac de reloj que crece. Vagos/ Rumores. Tocaban las manos telas, cosas/. Una hoja de diario, un lápiz. Algo/ Que da alma a todo. Y uno está ¿tranquilo?! ¿en paz consigo y con los otros?! Hay algo entonces que traspasa/ La tierra./ Como un caballo de cartón abierto/ Todo muestra su ingenuo mecanismo./ El odio y la maldad son incomprensibles./ Hay algo más que la maldad y el odio./ Este informe crecer del gran silencio/ Abismal”.

Y el abismal silencio que es un cáncer de huesos, creciendo en silencio, alimentándose de una vida que el poeta no nos va a explicar en su diario, pues se limita a la reflexión. El resultado es una serie de escritos liderados por la interrogación existencial, de tono deprimido —y, en ciertos momentos, deprimente—, en una dialéctica entre el ruido y el silencio donde gana la batalla el primero porque se enfrenta al silencio que representa, en última instancia, la muerte.

A pesar de su queja constante por no acabar de encontrar el tono de la escritura, de su falta de perspectiva para escribir un diario, el resultado es un texto íntimo. La interrupción del diario debido a su estancia en el hospital es un intento de excluir lo negativo del texto, pero no deja nunca de estar presente —“De todo lo que me ha ocurrido estos días, en los que destaca lo relacionado con hemorragias y hospitalizaciones, no he escrito nada. ¿Para qué señalar que se trataba de lo más importante, la vida amenazada? No he escrito nada”. *Perros ahorcados* es una confesión íntima —incluso diríamos que muy íntima— que es lo del diario, olvidándose de su condición de escritor y dando libertad a las palabras, llamando a las cosas por su nombre y desesperándose. El libro permite al lector un diálogo con el escritor que enriquece la visión que teníamos del poeta César Simón. Nos ofrece al hombre desnudo ante la crítica.

Blanca Bravo Cela